

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Sermon del Mandato.

*Si non laveris te, non
habebis partem mecum*

Si no te laváre, no ten-
drás parte conmigo.

Diez y nueve siglos van transcurridos desde que se consumó la obra grandiosa de nuestra Redencion, y cada año evocamos con mas interés su memoria, no habiendo un solo cristiano que no recuerde, con la mas viva emocion y la mas profunda gratitud, el drama sangriento del Calvario, principio de nuestra grandeza, precio de nuestro rescate, causa meritoria de nuestra justificacion, y fuente perenne é inagotable de gracia, de vida y de salud eterna.

Tal es el fin que se propone la Iglesia con la representacion de nuestros misterios. Hoy nos lle-

va en espiritu al Cenáculo, y ofrece á nuestra contemplacion el lavatorio de los piés y la institucion de la sagrada Eucaristia. Jesucristo nuestro Señor humillado á los piés de sus discipulos en el Cenáculo, y dejándonos en la institucion de la santisima Eucaristia el rico legado de su Cuerpo y de su Sangre: hé aquí el objeto de vuestra atencion y el asunto de mi discurso.

Era la tarde anterior al dia solemne de la Pascua; y, sabiendo Jesús que estaba cercana su hora de pasar de este mundo al Padre, reunió á sus discipulos en un salon, llamado el cenáculo, con el fin de celebrar la cena prescrita por la ley de los judíos. Terminado el banquete legal, y como el diablo hubiese sugerido á Judas, hijo de Simon, el infa-

me pensamiento de entregar al Salvador; sabiendo Jesús que de Dios había venido á cumplir en la tierra los misericordiosos designios del cielo; y que á Dios volvía para tomar asiento, lleno de gloria y de magestad, á la derecha de su Padre, se levanta de la mesa, quítase la túnica, y tomando una tohalla, se la ciñó por la cintura. Echó despues agua en un lebrillo y comenzó á lavar los piés de los discípulos y á limpiárselos con la tohalla que ceñía su cuerpo santísimo. Los apóstoles miraban con asombro á su Maestro, mas no se atrevían á manifestarlo. Viendo San Pedro que el Salvador se acercaba á él para lavarle los piés, se levanta de la mesa y le dice conmovido: Señor, ¿Tú me lavas á mí los piés? El Hijo de Dios, el Rey de los Reyes, el Señor de los que dominan, el Monarca del tiempo y de la eternidad, el Sábio, el Santo, el Inmaculado y mas excelso que los cielos, mi Dios, mi Maestro y Salvador ¿ha de lavarme á mí los piés, á mí que soy un pecador, un miserable esclavo, y un vil gusano? No lo consiento, de ninguna manera, jamás.

Respondió Jesús: Si no te dejas lavar, no tendrás parte conmigo. Como si dijera: Si no te sometes á mi mandato, dejarás de

ser mi discípulo, no tendrás asiento en mi mesa, ni entrada en mi reino.

Terrible amenaza que conmoviendo profundamente el corazón de San Pedro, arrancó de su pecho estas palabras sublimes: Señor, lavadme, no solamente los piés, mas las manos tambien y la cabeza. Dijo entonces el Maestro: El que está lavado, no ha menester sino lavarse los piés, porque está todo limpio. Y vosotros limpios estais, mas no todos. Sabiendo quién era el que le había de entregar, dijo: No todos estais limpios.

Despues que el Salvador les hubo lavado los piés, tomó la túnica y sentándose de nuevo á la mesa les dijo: ¿Sabeis lo que acabo de hacer con vosotros? Me llamáis Maestro y Señor, y bien decís, porque lo soy, no por gracia de los hombres, sino por esencia y naturaleza. Ahora; si yo, el Maestro y Señor, os he lavado los piés, vosotros debeis hacer lo mismo unos con otros. Porque ejemplo os he dado para que lo imiteis. En verdad, en verdad os digo que el siervo no es mayor que su Señor ni el enviado superior á quien le envía. Si esto sabeis, tomadlo por norma de vida y sereis bienaventurados. ¡Sublime discurso! Dichoso sería el

hombre y venturosa la sociedad si en vez de rendir culto al ídolo de la soberbia, principio de todo pecado y causa de vergonzosas humillaciones, se humillara bajo la dulce soberanía del Maestro y Señor, tomando la humildad cristiana por ley de su conducta y por base de todo orden, de todo progreso y de toda civilización.

Terminada que fué la cena doméstica, tomó Jesús el pan, y dando gracias á su eterno Padre por el estupendo prodigio que iba á realizar, bendijo aquel pan, lo partió y dijo á sus discípulos: Tomad y comed, porque este es mi cuerpo que será entregado por vosotros. Y tomando el cáliz, dijo: Tomad y bebed todos, porque esta es mi sangre, la sangre del nuevo testamento, que será derramada por la salud del mundo. Hé aquí los grandes recuerdos que la Iglesia católica celebra en este día y que no debieran borrarse jamás de nuestra memoria. El Hijo de Dios iba á morir y quiso hacer testamento. El mundo entero, las generaciones de todos los siglos, de todos los hombres, el griego, el escita y el gentil, el salvaje y el civilizado componen la inmensa familia, que no teniendo de suyo mas que indignidad, degradación y vileza, va á ser rescatada con la sangre

de Jesús y enriquecida con su testamento. La Eucaristía, hé aquí la manda mas preciosa que el cielo ha podido hacer á la tierra, la herencia mas rica, el legado mas precioso que Jesucristo moribundo podia dejar á los hombres. Es Él mismo, el ser, el objeto, la sustancia de la herencia, y el buen uso de las riquezas eucarísticas mientras peregrinamos por este valle de lágrimas nos hará mas ricos en el reino de las eternas alegrías. Pero entendamos bien este asunto de tamaño trascendencia; estudiemos con la mayor atención las condiciones señaladas y especificadas en la disposición testamentaria, si aspiramos á poseer la herencia de gloria á que somos llamados gratuitamente por la voluntad infinitamente generosa del divino testador. ¿Qué condiciones son estas? Abramos con respeto el testamento, leamos y meditemos.

Admirable estuvo San Cipriano, este genio eminente, martillo de la heregia donatista, lumbrera del Africa cristiana, cuando condensaba en pocas palabras toda la grandeza del hombre y rasgueando con su pluma el alto temple en que debe mantenerse nuestra alma sin aflojar jamás, decía; «Nunca, nunca admirará las obras humanas quien se co-

nociere hijo de Dios. Despéñase de la cumbre de la grandeza quien puede admirar algo que no sea Dios.» Sublimes palabras que levantan la abatida frente, que hacen latir con generoso brio al corazón, y que, apagando en nuestro pecho la impureza de los amores mundanos, encienden y abrasan el alma con sacro fuego del amor divino. Y cuando se mira con el ojo limpio de la fé la sagrada Eucaristía. ¿Puede haber algo en el mundo que sea digno de la admiración de los hombres? Y tratándose de la excelsa dignidad de los riquísimos dones y de los sublimes privilegios que Jesucristo nos otorga en el testamento de su amor ¿será posible hallar entre los llamados á la herencia, hombres tan ciegos, tan insensatos y desconocidos que desprecien al generoso testador y se nieguen á cumplir las condiciones testamentarias?

Venid todos, vosotros especialmente los tibios, los indiferentes, los incrédulos, los despreocupados; venid, trasladaos en alas de vuestro espíritu á la Ciudad de los profetas, penetrad en el Cenáculo, contemplad á Jesucristo sentado á la mesa con sus discípulos, recoged con avaricia en vuestro corazón las palabras que salen de sus divinos labios, y si

penetrados de la alteza del ministerio y en vista de un prodigio de amor tan estupendo, no os arrojaís á los piés de Jesucristo para entregarle el corazón, en Dios y en mi alma os digo que no hay remedio para vosotros; pues está escrito que los hombres de corazón duro tendrán un fin desastroso, *Cor durum malé habebit in novissimo*. Mas no será así. No ha de ser el corazón humano mas insensible que las piedras, mas duro que las rocas que al espirar Jesucristo se abrieron por medio y saltaron en pedazos, en presencia de tan grande amor. Leamos, pues, lo que está escrito y entendamos bien lo que leemos.

Era la noche anterior al día de la Pascua, noche inmemorable que habia de iluminar tantos días y tantos siglos, noche de salud y de esperanzas en que el Hijo de Dios iba á caer voluntariamente en manos de sus enemigos, para dar principio á la obra de la Redención. Jesucristo está sentado á la mesa con sus discípulos, con aquellos hombres rudos, ignorantes y desvalidos que tiene destinados para civilizar al mundo. Y tomando en sus manos el pan, lo vendice y queda convertido realmente, sustancialmente en su verdadero cuerpo, en aquel santísimo cuerpo que muy luego

iba á ser azotado, escupido, crucificado y muerto en patíbulo afrentoso por la salvacion del mundo. Tomando despues una porcion de vino en el caliz, lo bendijo y dió á sus discípulos diciendo: Tomad y bebed, porque éste es el caliz de mi sangre que vá á ser derramada en la cruz por la redencion del mundo.

Hé aqui la manda preciosísima que Jesucristo deja á los hombres en la noche de la cena. La Eucaristia, que es el compendio de las maravillas obradas por Jesucristo, el término de la omnipotencia divina, segun San Agustin, el milagro de los milagros, segun Santo Tomas. La Eucaristia, augustosacrificio de la nueva alianza, foco perenne de inmortales resplandores, manantial inagotable de virtud y santidad, fuente divina de la abnegacion, del sacrificio y del heroismo, fuego central de la sociedad, su base mas sólida, y el principio mas fecundo de verdaderas dichas en la tierra y prenda segura de la felicidad inefable que esperamos disfrutar en la eterna mansion de los cielos. ¿Quién no ama al generoso dispensador de tantos bienes? ¿Quién no acepta con ánimo de cumplirlas con toda exactitud las condiciones señaladas por Jesús y

sancionadas con su sangre? ¿Qué condiciones son estas? Escuchemos las palabras de Jesús y meditemos sus ejemplos. ¿Veis al Maestro y Señor en traje de siervo, arrodillado, lavando los piés de sus discípulos? Si en esta accion del Salvador no descubris el ministerio sacerdotal en ese santo tribunal de las almas que se llama la piscina saludable de la Penitencia; si en los rasgos y pormenores de esa tierna escena, de ese cuadro sublime y conmovedor, no veis el precepto y la necesidad de la Confesion para obtener la purificacion de vuestra conciencia, la amistad de Dios, la filiacion divina y con ella el titulo de herederos; si no habeis visto la fé, la humildad, la pureza, el amor y la gratitud con que deben estar adornados los partícipes de las riquezas eucaristicas y herederos del reino de los cielos; si no lo habeis visto, fijad vuestra atencion en las palabras y acciones del Salvador, y todo lo vereis con la mayor claridad y exactitud. ¿Qué otra cosa representa el lavatorio sino el Sacramento de la penitencia, instituido por Jesucristo para limpiar las manchas del pecado, y santificar las almas redimidas al precio de su sangre? ¿Qué denotan, qué simbolizan los piés de los Após-

toles sino los pecados mortales que manchan, afean y degradan la imagen de Dios? ¿Y qué significa esa tierna solicitud, y ese empeño amoroso del Salvador en limpiar y besar los pies de sus discípulos, antes de darles á comer el divino manjar de su cuerpo sacratísimo, sino la limpieza de conciencia, la pureza de alma y la gratitud del corazón, que debemos llevar al divino banquete de la Santísima Eucaristía?

Oigamos finalmente sus palabras. San Pedro amaba mucho á su Maestro, y al verle humillado á los pies de los compañeros, cuando se acercaba el Hijo de Dios para ejercer con él un ministerio tan humilde, se levanta de su asiento, corre asombrado por el salón, huyendo del Salvador, y exclama con sentido acento: Señor, ¿Tú me has de lavar los pies? No lo consiento, jamás. El Salvador le dice: Si no te dejas lavar, no tendrás parte conmigo. San Pedro se sometió, y tuvo la mejor parte con Jesucristo en el tiempo y en la eternidad. La amenza dirigida á San Pedro en el cenáculo comprende á todos los cristianos, que por dicha suya viven en el seno de la Iglesia católica. Los que no se dejan lavar, no tienen parte en la herencia de Cristo. La sen-

tencia está sancionada por el juez eterno de vivos y muertos. O lavarse, ó condenarse, hé aquí los términos de la sentencia en forma de perfecto dilema. Los cielos y la tierra pasarán, pero las palabras de Jesucristo no pasarán. Bienaventurados los que se lavan y quedan limpios, porque ellos verán á Dios, y poseerán eternamente la rica herencia de su gloria, Amen.

PENSAMIENTOS.

«El empleado que descansa periódicamente y que tiene los domingos libres, dá en lo demás del tiempo un trabajo mas intenso, mas inteligente y mas sólido.»

(Un ingeniero suizo.)

«El trabajo continuo ejerce una acción funesta sobre nuestra memoria y sobre nuestras ideas; el trabajo se hace maquinalmente, sin atención y sin iniciativa: la fatiga y la sobreexcitación son las causas primeras de los accidentes que se lamentan.»

(Un ingeniero de ferro-carriles.)

«Los pueblos que practican el Decálogo prosperan; los que lo violan decaen; los que reniegan de él desaparecen.»

(Le Play.)

«Ve considero el domingo como un día de descanso necesario, gracias al cual la fuerza de renovación y de reconstitución física, inherente á nuestra naturaleza, encuentra su complemento indispensable.

Que esta fuerza se pierda, y la medicina es inútil. El descanso nocturno repara también las fuerzas, en parte, pero no de una manera suficiente. Es porque la Divina Providencia ha ordenado un día de descanso entre siete, para restablecer por completo las fuerzas agotadas.

Sin duda alguna, los efectos perjudiciales de un trabajo continuo, incesante, no son tan sensibles en el hombre como en el animal: pero al fin y al cabo el hombre perezca mucho más pronto. La prescripción de un descanso después de seis días de trabajo es una necesidad fundada en la naturaleza y no en una prescripción arbitraria. El organismo humano está hecho de tal manera que, entre siete días, tiene necesidad de uno para reponerse de las fatigas físicas é intelectuales.

(Farre, médico inglés.)

«¿Qué debemos pensar de los que quieren quitar al pueblo sus fiestas, que son otras tantas distracciones que le apartan del trabajo? Falsa es semejante máxima, pues es una desgracia que el pueblo solo tenga tiempo para ganar el pan, puesto que lo necesita también para comerlo con satisfacción y alegría, sin lo cual no puede continuar ganándolo mucho tiempo. Si queréis hacer á un pueblo activo y laborioso, dadle días de descanso, pues estos harán que sean más provechosos los demás.»

(Rousseau.)

UN CONCIERTO IMPROVISADO.

Esto sucedió en 1841: durante una

fría y nebulosa noche de Diciembre; el 24 del mismo mes.

Un hombre de elevada estatura marchaba penosamente, apoyándose en su bastón, por la calle de Mazarine. Su traje, insuficiente para defenderlo de la helada brisa que soplabá aquella noche, se componía de un pantalón de verano y de un viejo sobretodo, abotonado hasta el cuello. Un sombrero de anchas alas ocultaba su fisonomía, sin dejar ver más que su larga barba y sus cabellos blancos que caían hasta sus espaldas encorvadas. Bajo el brazo llevaba un objeto de forma oblonga, envuelto en un pañuelo de cuadros.

Atravesó el puente y la plaza de Carrousel, llegó hasta el palacio real, dió la vuelta al jardín, parándose á descansar muchas veces; y luego, como si las olas de luz y los perfumes escitantes que exhalaban los restaurants, le hubiesen producido vértigo, se alejó tan de prisa como lo permitían sus piernas vacilantes, y fué á parar á la plaza de Fontaine.

Allí se detuvo, levantó la cabeza, y viendo luz en todas las ventanas de aquella colmena obrera, se colocó bajo el tejadillo de una vetusta portada, dejó su bastón al alcance de la mano, se apoyó contra el muro, desató el pañuelo de cuadros que dejó ver un violín, se aseguró de que este conservaba todas las cuerdas, lo afinó con una mano temblorosa, dobló el pañuelo, que colocó bajo la barba, apoyó en ella el violín y comenzó una melodía tan triste y tan discordante, que dos ó tres desocupados que se habían detenido al ver sus preparativos

huyeron apresuradamente, un perro de una casa próxima se puso á ahullar, y los transeñtes aceleraban el paso al llegar cerca de él. Al ver esto aquel hombre, triste y desalentado, se dejó caer sobre la acera y colocó el violin sobre sus rodillas murmurando: ¡No puedo ya tocar!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... y comenzó á llorar silenciosamente.

Al mismo tiempo llegaban por aquella avenida larga y oscura tres jóvenes, tarareando alegres una canción entonces muy en boga. Distráidos, tropezaron con el anciano, que ocultaba la sombra del tejadillo; el uno lo pisó, el otro hizo rodar su sombrero, y el último dió un paso atrás, estupefacto al ver enderezarse y salir de la oscuridad aquel anciano de elevada estatura y de aspecto humilde é imponente á la vez.

—¡Perdonad, Señor!... dijeron los tres á un tiempo. ¿Os hemos hecho daño?

—No, respondió el violinista, bajándose con dificultad para recoger su sombrero; pero uno de los jóvenes se adelantó y se lo entregó, mientras su compañero viendo el violin le preguntaba:

—¿Sois músico sin duda?

—Lo era en otro tiempo, contestó el pobre hombre, y dos gruesas lágrimas se deslizaron lentamente por las profundas arrugas de sus mejillas.

—¿Qué tenéis?... ¿sufrís acaso?... ¿podríamos aliviáros?

El anciano miró á los tres jóvenes..... después les tendió el sombrero suspirando:

—Dadme una limosna por Dios..... no puedo ya ganar mi vida con el violin.... mis dedos se resienten de una parálisis

sufrida en otro tiempo: mi hija se muere del pecho.... y tambien de miseria....

Se revelaba un dolor tan profundo en el acento del anciano, que los jóvenes se sintieron conmovidos y llevaron rápidamente sus manos á los bolsillos, sacando todo lo que contenian. ¡Poca cosa, es verdad!... ¡El primero 50 céntimos!... el segundo 0'30!... y el tercero un trozo de resina!... Total, 80 céntimos para remediar tan grande infortunio!... Ciertamente era muy poco: así lo comprendieron los jóvenes que se miraron con aire de lástima.

—¡Amigos míos! exclamó de pronto muy animado el primero que habia dirigido la palabra al pobre anciano; vamos á buscar lo que nos falta.... Se trata de un colega.... Tú Adolfo coje el violin y acompaña á Gustavo; mientras tanto nuestro amigo Carlos hará la cuestacion.

¡Y dicho y hecho!... Vedlos levantar los cuellos de sus gabanes, atusar exageradamente sus cabellos, para desfigurar en lo posible el semblante, y calarse los sombreros hasta los ojos!... Ahora con brio y unidos!... En una noche de Navidad, Dios debe sernos propicio!...

(Continuará.)

